

MANIFIESTO POR EL PSICOANÁLISIS

Madrid, enero de 2013

Promovido por Ángela Bacaicoa, María Cortell, Pepa de la Viña, María Jesús Duato, Manuel Espina, Cristina Fontana, Karina Glauberman, Liliana López, Carmen Peces, Manuel Prado, María Luján Ramos y Graciela Strada

Estamos en un tiempo incierto, de cambios profundos y complejos que nos obligan a interrogarnos y a tomar posiciones frente a los nuevos retos que se les plantean hoy a los psicoanalistas, es decir, al psicoanálisis, en esta España del siglo XXI.

Si bien cada país tiene sus particularidades, este manifiesto pretende estar presente en un debate que circula desde hace ya un tiempo por Europa e inscribirse en la serie de los sucesivos manifiestos que han ido apareciendo: francés, italiano... así como en otras iniciativas que defienden el lugar de la escucha y la palabra en el tratamiento del síntoma psíquico. Dichos manifiestos han dado respuesta a intentos de regulación la práctica psicoanalítica, unidos a la impugnación de la misma por parte de los poderes públicos en estos países; y aunque no sea ese el caso de España, las preguntas que ha suscitado este movimiento no pueden dejarnos indiferentes.

En particular el francés *Manifeste pour la psychanalyse*¹ recorre rigurosamente los distintos momentos en que el psicoanálisis ha estado en peligro de desaparición a partir de iniciativas, no siempre explícitas, que han buscado silenciarlo o eliminarlo, y cuyos efectos se manifiestan *a posteriori* de los acontecimientos históricos. Pero además, pone en el candelero a los propios psicoanalistas, al plantear que el riesgo no es sólo externo sino también interno al propio campo del psicoanálisis.

¿Cuál es la particularidad de la situación del psicoanálisis en España? De ser denostado y atacado, ha pasado a estar cada vez más ausente de la escena social. ¿Por qué un manifiesto hoy en España? ¿Tememos que el psicoanálisis pueda llegar a desaparecer?

Hay sin duda en nuestra historia elementos para pensar sobre la dificultad del desarrollo del psicoanálisis en España, en los silencios y renegaciones que recayeron sobre él, que no se circunscriben solamente al tiempo de la guerra y la posguerra. Tampoco ha sido inocente a este respecto el retraso de nuestro país en la adquisición de los valores de la revolución francesa por todo lo que implicó, no sólo en el campo político, sino también en el filosófico y científico. Fueron, son y serán piedras en el camino para el desarrollo del psicoanálisis. Sin embargo, existen también huellas benefactoras donde el psicoanálisis encuentra caminos facilitados; con gratitud hemos de citar, entre otros, a Cervantes que con su obra hizo hablar a la locura. Recordamos también a Goya con su célebre “El sueño de la razón produce monstruos”.

Nuestra hipótesis plantea que esas marcas de origen siguen presentes hoy en día, constituyendo la particularidad del psicoanálisis en España y explicando su escasa inserción en nuestra sociedad.

¹ Manifeste pour la psychanalyse. Editions La fabrique. Paris 2010. Auteurs: Sophie Auouillé, Franck Chaumon, Guy Lérés, Michel Plon, Erik Porge.

Se podría objetar que no son nuevos los fantasmas del miedo y del peligro de extinción del psicoanálisis y que, por otra parte, las resistencias al mismo, sea en forma soterrada o explícita, son de larga data. Temas tales como la concepción de la sexualidad en Freud o su teorización y abordaje del síntoma psíquico, nunca han conllevado una aceptación sin reticencias por parte de las instituciones sociales sino, más bien, una tendencia a la exclusión por parte de las mismas. Pero lo que podría resultar más grave es, fundamentalmente, el progresivo vaciado de su especificidad ante la indiferencia de los propios psicoanalistas, y es esto lo que nos proponemos resaltar.

La desaparición del significante “psicoanalista” bajo el nombre de “psicoterapeuta”, que engloba prácticas muy diversas, dando lugar a confusión; la incorporación al campo médico-social de palabras que provienen del mundo de la empresa, tales como optimización, rapidez, evaluación, rentabilidad... y la tendencia actual a tratar todo dolor psíquico como síntoma neurótico, serían ya suficientes motivos para escribir este manifiesto.

Por otra parte, existen cada vez más prácticas que aun no teniendo nada que ver con el psicoanálisis se autodenominan psicoanalíticas, si bien, “más adaptadas a los tiempos modernos” y a las supuestas “nuevas patologías”. Son precisamente esos intentos de adaptación los que desnaturalizan al psicoanálisis. Hay una realidad española y es que el nombre de “psicoanalista” ni abre puertas para encontrar trabajo, ni favorece el que su presencia sea requerida en los medios, debates, u otros espacios de la cultura. Muchos analistas se ven entonces abocados a denominarse de otra manera para abrirse paso ante dichas resistencias. Sin embargo la pregunta permanece abierta: ¿Qué efecto puede tener en la propia posición del analista en una cura el hecho de presentarse bajo otro nombre? Lo que inevitablemente tendremos que admitir es que, de este modo, participamos en la desaparición de la palabra psicoanálisis del lenguaje, de la escena social; no nos extrañemos pues de que se hable cada vez menos de psicoanálisis, ni de que se le considere obsoleto.

A pesar de que en sus orígenes “psicoanálisis” y “psicoterapia” no eran palabras opuestas, hoy en día la palabra psicoterapia concierne al mundo de la psicología y engloba a su vez terapias de todo tipo: Gestalt, cognitivo-conductual, relajación, meditación, constelaciones familiares, musicoterapia... Entonces, para diferenciarse de éstas, ciertas terapias que tienen en cuenta nociones psicoanalíticas se denominaron “psicoterapia psicoanalítica”. Sin embargo, la yuxtaposición de estos dos nombres, favorece aún más esa confusa amalgama que ilustra perfectamente el gran saco del “mundo Psi” y, al propio tiempo, el significante “psicoanálisis” desaparece bajo el de “psicoterapia”.

Este manifiesto no concierne únicamente a psicoanalistas o psicoanalizantes, ya que el psicoanálisis no sólo abre vías para pensar los conflictos inconscientes del ser humano, sino también ofrece la posibilidad de preservar un lugar donde alojar lo que ningún otro discurso puede acoger.

Freud describió la estructura del malestar en la civilización y Lacan advirtió de que debía renunciar a su práctica aquel analista que no tuviera en cuenta la subjetividad de su época. El psicoanálisis no prescinde de los sucesos en el campo social, no podría hacerlo, pero quizá nunca se ha puesto suficientemente de relieve su función civilizadora.

Este manifiesto se propone centrarse en los siguientes aspectos:

-Rastrear la historia del psicoanálisis en España y sus particularidades, para fundamentar nuestra hipótesis de que las marcas originarias continúan produciendo unos efectos que explican el lugar del psicoanálisis y su escasa inserción en los distintos ámbitos de la cultura.

-Analizar la forma actual de funcionamiento del lazo social en su relación con el psicoanálisis, no sólo en lo que respecta a España sino de toda la sociedad occidental dominada por el “discurso capitalista”.

-Dar cuenta de la especificidad del psicoanálisis, su concepción del sujeto y del síntoma, su manera de curar y su diferenciación de otras formas de tratamiento.

-Y, finalmente, abordar la singularidad de la formación de los psicoanalistas, que no depende de un título académico, y que coloca al psicoanálisis en una posición atípica dentro del funcionamiento social, lo que no deja de suscitar debate.

HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS EN ESPAÑA

Presencias y Silencios ²

Ya desde Freud los psicoanalistas sabemos que el psicoanálisis suscita resistencias. Sabemos además que cada país contiene en sus tramas históricas y culturales el germen que permitirá o no fecundar la llegada de un pensamiento nuevo como lo fue en su momento el psicoanálisis.

Nos hemos propuesto rastrear y subrayar aquellos acontecimientos que, a nuestro parecer, contienen algunas de las claves para entender la situación actual del psicoanálisis en España.

La guerra civil española fue la catástrofe que produjo marcas determinantes en la sociedad y que marcó también al psicoanálisis, cuya implantación en España se había iniciado durante la República.

Tras la guerra reinó el silencio. Ese trágico manto de silencio fue el precio a pagar por sobrevivir en medio de la barbarie. Ese duro silencio impregnó la vida cultural y social española e impidió la práctica y la difusión del psicoanálisis, retrasando su recorrido en 40 años.

² Nuestro especial agradecimiento a Anne-Cécile Druet por permitirnos la utilización de su tesis *El psicoanálisis en la España post-franquista*. Universidad de Paris-Sorbona 2006. anne-cecile.druet@univ-mlv.fr

Habrá que recordar a este respecto que no fue ajena a ello la influencia de la iglesia, a la que la dictadura confirió el poder de imponer la férrea moral católica como la única y verdadera. Así pues la salud, la educación, la familia, la ciencia y el arte debían regirse por sus postulados.

Nuestra hipótesis es que dicho silencio, que se impuso como se a de identidad en un tiempo de horror, de algún modo perdura y produce síntomas en las entrañas de nuestra trama social, así como en la transmisión del psicoanálisis.

Los orígenes: antes del 36

En el mismo año en que se publica en Viena el *Mecanismo psíquico de los fenómenos históricos* de Breuer y Freud (Enero de 1893) aparece publicada su traducción al español en "La Gaceta Médica de Granada" y en la "Revista de Ciencias Médicas de Barcelona". A partir de 1920 la obra de Freud adquirir  mayor presencia en España.

En 1922 comienzan a publicarse las *Obras Completas* de Freud, editadas por Biblioteca Nueva, en la traducción de López Ballesteros, con prólogo de Ortega y Gasset, su impulsor, empeñado en modernizar el pensamiento y la cultura españoles. Hay que resaltar que la española fue la primera traducción completa de las obras de Freud.

Desde que comenzó la publicación de la obra de Freud hasta el inicio de la guerra, el psicoanálisis gozó en España de una cierta difusión en los medios profesionales, intelectuales y culturales, gracias al discurso progresista y al deseo de incorporar nuevas ideas para regenerar y dinamizar la cultura y la sociedad españolas.

Durante la República, las ideas psicoanalíticas estuvieron presentes en debates parlamentarios como el de la Ley del Divorcio del 2 de marzo de 1932, y se fueron introduciendo en los manuales de psiquiatría, aunque sin alcanzar gran reconocimiento, pero contando con cierto respeto científico y moral, como lo muestra la reseña de la revista semanal *La Medicina Ibera* que en 1936 recogía, entre otras, la noticia del homenaje internacional a Freud.

Sin embargo, las teorías freudianas chocaron, como en el resto de Europa, - debido a la importancia dada a la sexualidad en la etiología de las neurosis -, con las ideas conservadoras de la época y especialmente con la ortodoxia católica española.

 ngel Garma, (1904-1993) que realizó su formación en Berlín en los años 20 fue el primer analista freudiano que practicó el psicoanálisis en España. En la guerra civil se verá obligado a exiliarse en Buenos Aires y fundar  junto a otros analistas la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Como él salieron de España, forzados por sus ideas políticas, o bien abandonaron la profesión, la mayoría de los psiquiatras seguidores de Freud. Esto tendrá consecuencias graves en los futuros derroteros que seguir  el psicoanálisis en España.

Guerra Civil

La guerra civil y posteriormente el régimen franquista, supondrán la práctica desaparición de las teorías freudianas del panorama científico y cultural español, instalándose el gran silencio, y no sólo para el psicoanálisis.

Poco antes, en Enero de 1936, Juan José López Ibor publicaba el ensayo *Lo vivo y lo muerto del psicoanálisis* que se reimprimiría en los ochenta, con pocos cambios, bajo el título de *La agonía del psicoanálisis*. Plantea en él que el psicoanálisis es un sistema completamente inadecuado para comprender a los seres humanos y apuesta por una psicoterapia de base antropológica. Ya Ramón Sarró, futuro líder de la psiquiatría en Cataluña, había expresado en los años 30 ideas semejantes, reconociendo a Freud como pionero, pero considerándolo a la vez obsoleto. Si en un principio se trataba únicamente de evitar las consecuencias terapéuticas del freudismo, más adelante cobraría fuerza el radical antagonismo religioso hacia el mismo. Cuando Franco llegó al poder, la psiquiatría ya estaba en manos de médicos que apoyaban al régimen y a su ideología. El antifreudismo marcará el discurso oficial de la psiquiatría franquista.

Posguerra

Antonio Vallejo Nájera, psiquiatra militar del régimen, escribió en 1941: “¿No se ha percatado el Director de la Escuela Nacional de Anormales de que “la psicoanálisis” es una doctrina judaica, inmoral, derrotista, antipatriótica y marxista? Y, si lo sabe (porque otros conmigo lo hemos repetido muchas veces, antes y después del Glorioso Movimiento Nacional), ¿es que persiste en sus propósitos de infiltrar a nuestras juventudes el morbo de las doctrinas amorales y acatólicas? ¿Puede permitir la Patria que quien profesa como artículo de fe la doctrina del judío vienés, se encargue de la dirección de niños, aunque éstos sean anormales?”

Así como la psiquiatría del régimen se inclina hacia los tratamientos puramente biológicos excluyendo la psicoterapia, la concepción de la higiene mental imperante por entonces sostiene los valores católicos del momento: “Enseñar al paciente a cómo ser sano”

En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 incluye por primera vez a homosexuales y desviados sexuales. El comandante Antonio Vallejo Nájera, jefe de los servicios médico -militares y Juan José López Ibor, llevan a cabo sucesivas investigaciones con el fin de examinar las raíces psicofísicas del marxismo, para descubrir el famoso "gen rojo".

En 1948 aparece una nueva edición de las Obras Completas de Freud, pero el artículo *Moisés y el monoteísmo* queda censurado. José Germain, para salvar la censura, plantea en el prefacio que es importante conocer las ideas de Freud, porque no son incompatibles con los valores católicos, pero que hay que distinguirlas de su aplicación práctica. La condición de su publicación refuerza nuestra primera hipótesis; en este relato histórico reaparece el síntoma de un psicoanálisis silenciado, camuflado, como condición para su supervivencia.

En la década de los 50 surge de nuevo el interés por el psicoanálisis gracias a algunos psiquiatras seguidores de Garma, que tuvieron que enfrentarse al Opus Dei que consideraba a

Freud un genio satánico, y judeo-masónicos a sus seguidores. Como Garma en su momento, algunos de estos psicoanalistas marcharon a Berlín para continuar su formación.

La llegada de Margarete Steinbach en 1951, supuso el inicio de un grupo de psicoanalistas que se psicoanalizaron con ella y que seguirían después caminos diversos para continuar su formación: unos en París y otros en Suiza, EE.UU, Buenos Aires y Londres.

Cierta presencia del psicoanálisis fue tolerada por el régimen gracias al carácter silencioso con que se practicaba y al ámbito cerrado en que se desarrollaba. En 1959 nacería en Barcelona la primera asociación española de psicoanálisis: La Sociedad Luso Española, que fue reconocida por la IPA (International Psychanalytic Association) y por el gobierno español. Sin embargo, la escasez de publicaciones por parte de los analistas y su obligado encierro, en un intento de velar por la supervivencia de su institución, impedían la transmisión de su pensamiento, limitando así su visibilidad en la sociedad española del momento. Tómese como ejemplo el escasísimo crecimiento de la Sociedad Luso-Española, cuyo número de afiliados pasó de 13 a sólo 20 miembros entre 1959 y 1975

La transición

En el trascurso de los 70 renació en España el interés hacia el psicoanálisis, especialmente en cuanto a las traducciones de textos psicoanalíticos, y Freud ocupó un lugar nada insignificante en las revistas culturales, coincidiendo con el auge de la antipsiquiatría.

En 1972 aparece una nueva edición de las obras de Freud, y esta vez ya sin censura eclesiástica: incluye el artículo *Moisés y el monoteísmo*.

Entre 1971 y el 1974 se crean las asociaciones psicoanalíticas de Barcelona y Madrid.

Jacques Lacan, que ya en 1958 había pronunciado una conferencia en Barcelona, en el marco psiquiátrico, es invitado de nuevo en 1972, sin que en ninguna de las dos ocasiones su presencia despertara más que un interés puramente minoritario.

La apertura y la recuperación de las libertades condujo a la búsqueda de fuentes nuevas; mucha gente joven escogía el psicoanálisis y se psicoanalizaba con frescura, curiosidad y empuje. La mayoría de ellos eran jóvenes cuyos padres habían vivido la guerra civil y que llevaban en su historia generacional muertes, dolor y silencio.

Sin lugar a dudas fue en la transición donde se produjo un tiempo nuevo para el psicoanálisis freudiano-lacaniano en España. Sostenemos la hipótesis de que esto se debió al encuentro de españoles deseosos de cambios, que salían de una dictadura, con un grupo numeroso de psicoanalistas latinoamericanos que se estaban instalando en España, huyendo de otra dictadura.

Hubo numerosos seminarios coordinados por analistas latinoamericanos exiliados cercanos a la IPA –y que más tarde se incorporarían a ella-, y también creció el número de grupos y asociaciones de orientación lacaniana integrados no sólo por latinoamericanos, sino también por españoles que se habían formado en Europa y por franceses que viajaban a

España periódicamente y mantenían aquí seminarios y análisis. La llegada de Oscar Massotta (1977) resultó una verdadera novedad en el panorama psicoanalítico español. Massotta fundó en Barcelona La Biblioteca Freudiana e impartió Seminarios en Barcelona, Madrid y Vigo.

A mediados de los 80 se ampliaron y reorganizaron las asociaciones pertenecientes a la IPA con la incorporación de numerosos analistas, al tiempo que varios grupos lacanianos se incorporaron al Campo Freudiano tras la visita de Jacques-Alain Miller. De esta manera, el panorama psicoanalítico español quedó constituido por dos grandes bloques: la IPA y el Campo Freudiano, junto a una serie de pequeños grupos que mantuvieron sus actividades de formación, o que se reunieron para organizar, durante largo tiempo, jornadas de trabajo anuales.

En esta proliferación de pequeños grupos cabe ver la impronta de la presencia del psicoanálisis laciano en España. Si los psicoanalistas franceses trajeron consigo aires nuevos y una forma de leer a Lacan sustentada en la clínica, que aportó grandes cambios en cuanto a la concepción de la cura, traían también consigo la herencia del duelo no realizado por la disolución, por parte de Lacan, de l'École Freudienne de Paris. Las consecuencias de este duelo, manifestadas en forma de diferencias irreconciliables y divisiones, fomentaron la atomización y aislamiento también entre los grupos españoles.

Dentro de la difusión del pensamiento más teórico de Lacan encontramos, en esos años, a filósofos o epistemólogos interesados en él, así como publicaciones diversas.

Parecería que el silencio hubiera llegado su fin; sin embargo no fue así.

Los jóvenes españoles deseaban dejar atrás el tiempo oscuro de la posguerra, del mismo modo que los argentinos se encontraban devastados por los padecimientos sufridos, con duelos de difícil atravesamiento. Este deseo de olvido, legítimo en ambos casos, encubre silencios que, quizá algunos al no haber sido trabajados y elaborados por los analistas en sus propios análisis, se han transmitido a las siguientes generaciones de analistas como aquellas zonas intocadas y renegadas que son coincidentes con algunos acontecimientos sociales. Es preciso recordar que hay algo de lo vivido que sigue en las cunetas de España y en el inconsciente de muchos hijos y nietos.

Testimonio elocuente de ello son esos muertos aún no identificados y esos niños robados o desaparecidos. Si bien hay una nueva ley de memoria histórica que exige el levantamiento de las tumbas N.N., quienes trabajan para aplicarla se ven confrontados con todo tipo de obstáculos en su tarea. Recordemos aquí las vicisitudes de un conocido juez cuyo intento de aclarar y condenar la actuación del régimen franquista, acabó siendo el detonante de su propio procesamiento.

Junto a las dificultades y los duelos no resueltos de los propios psicoanalistas, que obstaculizan la transmisión del psicoanálisis encontramos otras resistencias, por ejemplo, las provenientes del campo de la enseñanza: con pequeñas excepciones, las universidades españolas han dado sistemáticamente la espalda al psicoanálisis, y lo mismo ha ocurrido en los

programas educativos de la escuela y bachillerato en que únicamente aparece como parte de la asignatura de filosofía.

También la intelectualidad da la espalda, no ya al conocimiento que aportaron estos dos grandes maestros, Freud y Lacan, - algunos incluso se han servido de ellos con lecturas poco rigurosas -, sino a la práctica analítica, soslayando de dónde proviene dicho saber y lo que lo funda: la práctica clínica.

Aun y con muchos factores en contra de esta práctica, existen grupos, instituciones, y múltiples actividades. Sin embargo la prensa raras veces registra estos acontecimientos. La indiferencia es un arma muy potente que, en este caso, entendemos proviene de los efectos que los silencios anteriormente señalados han tenido para todos en nuestro país.

Si históricamente el sistema público de salud promovía la terapia de orientación conductista, en contraposición a la orientación analítica, en 1995 se dio otro paso para silenciar, esta vez de manera explícita, al psicoanálisis, con la publicación de un Real Decreto 63/1995, del 20 de Enero, que regula la asistencia en Salud Mental dentro del Sistema Nacional Sanitario, B.O.E. nº 35, 10/2/95, donde se explicita la exclusión del psicoanálisis, junto a la hipnosis, de la cartera de servicios del sistema público lo que, sin embargo, no ha impedido la presencia de muchos profesionales con formación analítica en la Salud Mental, generalmente muy comprometidos con la clínica y la formación de los jóvenes lo que ha contribuido en gran medida a que el psicoanálisis no quedara relegado únicamente a las consultas privadas al alcance sólo de unos pocos. Sin embargo, esta exclusión explícita implica, para los analistas incluidos en el sistema público de salud, el riesgo de desnaturalización de la práctica, en un fácil deslizamiento hacia la psicoterapia del yo.

EI DISCURSO DOMINANTE EN EL MOMENTO ACTUAL

Si reconocemos que los modos de organización social condicionan de diferentes maneras la subjetividad de sus miembros, los psicoanalistas no podemos dar la espalda a los sucesos en el campo social sin faltar a uno de los requisitos ineludibles de nuestra práctica.

Sigmund Freud escribió sobre el nazismo, mucho antes de que adquiriera su brutal dimensión, describiendo aquello que lo determina. El mismo Freud analizó también la estructura del "Malestar en la Civilización". Una falta nos constituye por ser seres de lenguaje, y los destinos de esa falta constituyen, a su vez, nuestro campo de investigación, dado que el psicoanálisis apuesta por escuchar el modo en que cada sujeto teje, obtura, o intenta anular o fecundar esta falta que nos rige.

Jacques Lacan avanzó sobre la apuesta freudiana. Escribió los modos de vinculación de los sujetos regidos por el lenguaje, dando origen a la teoría de los *Cuatro Discursos*, lo que significó su gran aportación a la investigación social.

Los Cuatro Discursos (el discurso del Amo, el de la histeria, el universitario y el analítico) son posiciones diferentes de una misma y única estructura, inseparables en modo tal que, en ausencia de cualquiera de ellos, la estructura quedaría anulada. Eso significa que el discurso analítico siempre estará presente, de igual manera que también lo estará el sujeto del inconsciente y que, además, siempre objetará la intención de cualquiera de los otros discursos de intentar funcionar o de constituirse sin tenerlo en cuenta.

Es necesario apuntar que, también mucho antes de la mundialización del sistema capitalista, en 1972, Lacan escribió su modo de funcionamiento, enunciando un quinto discurso, al que denominó *Discurso capitalista*, advirtiendo al mismo tiempo sobre algunas de sus consecuencias.

Este discurso, a diferencia de los cuatro anteriores, únicamente permite hacer lazo con el objeto de consumo, deshaciendo así la posibilidad del vínculo social. Si en los cuatro primeros podíamos investigar qué los comanda, a este quinto no hay forma de interrogarlo, al ser su funcionamiento como el de un circuito cerrado, continuo y sin ruptura. La ciencia para funcionar se vio obligada a adherirse a él, formándose así una alianza intrínseca entre el discurso tecnológico-científico y el mercado, con las correspondientes consecuencias.

Por ello habría que plantear la situación actual en relación a dos ejes irrenunciables para el discurso analítico: de una parte, la especificidad del discurso dominante en la actualidad, y de otra, la absoluta independencia de la cura analítica de cualquier otra instancia o autoridad exterior a la misma que intente usurpar alguno de los tres elementos sustanciales de dicha práctica: la palabra, el deseo del analista y la relación transferencial.

La variante actual del discurso dominante, el capitalista, al configurar lo que se conoce como “ciencias humanas”, hace un movimiento de inclusión de lo público en lo privado, en el contexto de un reordenamiento de lo social, creando la ficción individual y colectiva de que cada individuo elige libremente la posición que ocupa, y originando una realidad consensuada, una ficción social compartida, en que cada individuo se cree “empresario de sí mismo”.

Así, la salud, la educación, el sexo, la familia, etc... pasan a ser regulados y organizados por el mercado. Dicho discurso dominante intenta eliminar el síntoma que él mismo produce, creando “nuevos saberes” (¿nuevas enfermedades?) que desarrollan nuevos productos (¿terapéuticos?) que hay que consumir, pagando así para erradicar el síntoma. Pero el remedio fracasa y la rueda -la circularidad del discurso-, comienza de nuevo.

No se trata de estar contra el avance tecnológico, sino de observar que este discurso genera una desmesura que invade todos los ámbitos.

Aportemos datos de fácil constatación:

A todos nos puede tranquilizar el dar nombre a nuestros malestares, para acogernos así a la identidad que dichos epígrafes nos confieren: “soy depresivo”, “soy ansioso”, “soy bipolar”...lo que comporta el riesgo de quedar atrapados en una enajenante identificación perpetuadora del síntoma, que tiende a medicalizar cualquier hecho existencial.

El malestar psíquico es clasificado y estandarizado en un catálogo DSM (Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales) dando lugar a que se oferten diferentes modalidades de solución, casi a la medida, para cada grupo de “usuarios”.

La psicología contribuye a ello, lo sepa o no, educando conductas y organizando estrategias que permitan a los usuarios seguir en la rueda de los valores dominantes.

Un niño travieso y fantasioso puede ser considerado *hiperactivo*. Una joven delgada es una *anoréxica*. Se medica a niños con enuresis o a bebés que no duermen. Se operan “las manías y las neurosis compulsivas, las esquizofrenias”. (El País 06/03/ 2012)

El escamoteo del malestar específico propio e irresoluble del ser humano, bajo la proposición de la “salud mental” como derecho fundamental, justifica así la aplicación de técnicas terapéuticas normativizadas, predeterminadas.

ESPECIFICIDAD DEL PSICOANÁLISIS

La práctica del psicoanálisis, ligada a la escucha, requiere un tiempo de despliegue y de apertura de la palabra. La lentitud achacada al psicoanálisis y utilizada como razón para esgrimir su ineficacia desde el reino de los valores de la practicidad y la inmediatez, es el tiempo que el inconsciente requiere para manifestarse, aunque ya desde el inicio se puedan constatar sus efectos. El psicoanálisis trata de abrir un espacio en el que la palabra pueda ser recogida y tomada como una enunciación que da cuenta de “otra escena”. Hay un “saber inconsciente” del que el sujeto mismo está separado: ese cuerpo extraño que lo habita y constituye, y que, a su vez, constituye el núcleo de lo más íntimo, es el reino de lo inconsciente en el que se encontrarán las coordenadas de su deseo así como las claves de su malestar. La verdad de un sujeto no está fuera de él, sino que anida y circula en sus palabras.

Su naturaleza de sujeto dividido es lo que se va a poner en juego durante la cura psicoanalítica, que no tiene que ver con un “conócete a ti mismo”, sino con el desvelamiento de una verdad inédita que ya estaba ahí. Para el analizante, supone volver a pasar por ciertos significantes de su historia donde se encuentran las claves de sus fantasmas inconscientes, las marcas que se repiten, las angustias que no lo abandonan... de manera que la persona deje de estar prisionera de determinados significantes que lo han fijado a identificaciones alienantes.

La aproximación a cada paciente es absolutamente singular. El psicoanálisis nos aleja del concepto de normalidad y de las clasificaciones ya que constituye una nueva modalidad de lazo social que se articula con una lógica y una ética propias.

¿Qué novedad aporta el descubrimiento freudiano?

La sexualidad y la muerte son dimensiones esenciales del ser humano y el psicoanálisis plantea la naturaleza radicalmente conflictiva del psiquismo y de la presencia incesante de la pulsión de muerte, contrariamente a los humanismos que albergan la idea de utopías de felicidad para el hombre y de armonía con la naturaleza. Esta presencia de la pulsión de muerte se traduce en goces y sufrimientos. La apuesta del psicoanálisis consiste en acotarlos, revertirlos, sometiéndolos a la ley del deseo; ley de la palabra que implica el reconocimiento de una falta estructural como motor de la existencia. El inconsciente de cada sujeto es propio, particular e intransferible y por ello no se puede abordar un caso poniendo en juego un saber previo que no provenga del propio decir del analizante.

El gran cambio que propuso y propone el psicoanálisis es invertir la relación médico-paciente para el tratamiento del síntoma. Es de vital importancia para el tratamiento analítico el uso y manejo de lo que llamamos transferencia, que es ese lazo indispensable que se establece entre analista y analizante, sin el que el tratamiento no encuentra su principio. Ella es la que dibujará, acotará y regulará el campo en que opera el psicoanálisis.

Este lazo y su manejo podrán revertir lo que ocurre en el comienzo del proceso, donde el analizante otorgará un saber al analista al modo en que lo hace con un médico. A diferencia de éste, la posición del analista permitirá cambiar el lugar del saber, poniendo el foco en el síntoma y en los significantes que se ponen en juego.

Si bien el uso de la transferencia no es privativo del psicoanálisis, la posición del analista en ella y el tratamiento que hace de la misma sí lo son. La transferencia analítica pone en juego lo que del inconsciente es descifrable a partir de la “actualización de su núcleo sexual” en la relación con el analista. Un psicoanálisis, aunque no pueda contemplarse sino en la medida en que tiene lugar la transferencia, tiene por finalidad lograr una resolución de ésta que no sea la de la identificación con su analista, como ideal del padre. Esto implica que el sujeto haya cesado, al término de su análisis, de gozar del poder que ejerce, pero también del poder a que se somete. Por ello podemos afirmar que un psicoanálisis tiene un final, alejado además del peligro de la permanencia de nuevos o camuflados ideales.

Así pues, la práctica del psicoanálisis, independientemente de su duración y de que llegue o no a un final de análisis, descansa sobre los mismos principios. Al psicoanálisis lo define la posición del analista en una cura, y no el marco donde se ejerce ni las condiciones que plantea un paciente. Sin duda, y a menudo más eficazmente que ningún otro, un psicoanalista está en condiciones de ayudar a un paciente a salir de su sufrimiento. Que la cura se dé “por añadidura” como Freud nos enseñó, no significa desestimar los efectos terapéuticos del análisis. Es necesario distinguir el efecto terapéutico del análisis, por un lado, del *furor sanandi* o ambición terapéutica, así como de cualquier ambición pedagógica, por otro.

Para que este efecto sea posible, es suficiente con no poner la transferencia al servicio de la sugestión. El propio Freud dio testimonio de que sólo se convirtió en psicoanalista cuando renunció a la sugestión y a la hipnosis.

En el proceso de un psicoanálisis, se despliega para cada sujeto una matriz forjada en el encuentro del cuerpo y del lenguaje, acuñada en los primeros gozos de la relación del niño con la madre, que orientan su deseo y que están en el origen de sus síntomas y sus desórdenes amorosos.

En aquellos primeros intercambios, en su anhelo de satisfacer y completar a la madre que lo ama y lo cuida, el niño se ha ofrecido - y ha sido tomado - como completamiento de lo que el otro quiere. El síntoma se revela como siendo lo que, originariamente, hace presente el rechazo del sujeto a ser dictado y disfrutado en una relación, inicialmente materna, en la que su ser de sujeto resultaría amenazado.

De ello se desprende que el psicoanálisis, la psicología y la psicoterapia no trabajan sobre la misma concepción del síntoma. Estas centran su tratamiento sobre el yo y sus modificaciones concibiendo el síntoma psíquico como un añadido patológico al yo, que precisaría ser extirpado. Sin embargo, para el psicoanálisis el síntoma condensa el determinismo simbólico y de goce, expresa, en su extraño lenguaje, un conflicto así como un saber por descifrar. Se trata de descifrar el goce que incluye y que, a la vez, causa sufrimiento. No hay que acallar lo que representa el síntoma y el malestar que produce sin antes escuchar lo que encierra.

LA FORMACIÓN PSICOANALÍTICA

La formación del psicoanalista no consiste en la reproducción de un modelo ni en la transmisión de un saber, no se ordena como si se tratara de una formación profesional en el sentido corriente del término.

No se puede practicar el psicoanálisis sin haber pasado por un análisis personal; esta experiencia entraña un tránsito, un pasaje de analizante a analista, que se define porque en su curso nace el deseo de retomar, a nivel del inconsciente de otro, la experiencia llevada a cabo con el propio inconsciente.

El núcleo central de la formación del analista es el análisis personal en el cual el trabajo del inconsciente y la formación se implican. Así el analista como producto es una formación del inconsciente y la formación del analista es el análisis de sus formaciones del inconsciente. Esta es la concepción que llevó a Lacan a afirmar que “no hay otra formación que las formaciones del inconsciente”.

Existe un punto común para todas las escuelas o instituciones psicoanalíticas que consiste en sostener que el pasaje de paciente-analizante a analista se produce en la cura donde se despliega la pregunta: ¿Qué le llevó a querer ocupar ese lugar? Es una interrogación sobre el “deseo de analista”; sobre ese saber se apoyará el analista futuro, lo que le permitirá a su vez sostener a otros que quieren pasar por esa misma experiencia. Es también el motor desde donde un psicoanalista produce y transmite y es lo que permite reinventar, renovar una y otra vez, el psicoanálisis.

Poner el acento en el “deseo de analista” conduce a subrayar los dos momentos esenciales de un análisis: el inicio y su final, marcados por la concepción que cada institución u orientación analítica tiene de su lugar, de su posición, de su forma de acoger la demanda de un paciente y por donde pasa la resolución de la relación analítica y su final. Esto es lo que diferencia la formación psicoanalítica de cualquier otro tipo de formación.

La producción de un analista, que remite al cómo se autoriza alguien como analista, es una problemática siempre viva y abierta entre todos los psicoanalistas. Si se destaca fundamentalmente este aspecto dentro de la formación es porque no se aprende la técnica analítica como un catálogo de recetas o como pautas a seguir de cómo conducir un análisis. Es en su propio análisis donde un analista aprende a escuchar y sobre todo a no confundir lo que el paciente dice y pide con su deseo inconsciente, tomando a cada paciente en su singularidad.

Pero aunque, por un lado, el psicoanálisis parece rebelde a la institucionalización, por otro, para llegar a ser analista se requiere el concurso de “algunos otros”. Las diferentes formas de institucionalización responden a diferentes concepciones del psicoanálisis, de su proceso, de su final, pero algunas pretenden también sostener un cuestionamiento para escapar a ciertas formas burocratizadas y mantener viva la interrogación, evitando aquellas repeticiones que reproducen modelos de poder institucional. Lacan instituyó como unidad de trabajo dentro de su Escuela una forma de organización social llamada “cártel” con el fin de evitar reproducir o, al menos, limitar la reproducción de liderazgos y de juegos de poder, privilegiando un lazo con el trabajo que ponga en juego el deseo de cada uno y su producción individual.

Si se produjo, en un final de análisis, un pasaje de la posición del analizante a la de analista, será difícil concebir que el psicoanalista pueda prescindir de encontrarse con otros para discutir y compartir problemas de la práctica y de la teoría. Dentro de los espacios fundamentales de la formación de un psicoanalista, además del análisis del propio analista, están la supervisión y el estudio de textos y teoría psicoanalítica.

En el espacio de la supervisión se trata de crear las condiciones para que un analista hable de su práctica con otro, ofrece un lugar donde cada uno pueda experimentar ese “autorizarse por él mismo” en cada cura, lo que es muy distinto de esperar las respuestas o la aprobación de otro analista, en este caso del supervisor más experimentado. La escucha o intervenciones del supervisor deberían permitir al que supervisa dejarse enseñar por su analizante, así como localizar qué aspectos inconscientes de él hacen, en algún momento, obstáculo en la relación transferencial con el analizante.

Más allá del estudio riguroso de los textos propiamente analíticos, el acercamiento a otras ramas del conocimiento: la filosofía, la lingüística, la lógica, la topología, etc. son aspectos de la formación que no se deben descuidar. La enseñanza de la teoría psicoanalítica en la universidad es un debate delicado que hay que mantener abierto. Por un lado permite una presencia del significativo psicoanálisis en el ámbito universitario pero, por otro, el “saber” que se pone en juego en una cura analítica es de un orden distinto al del discurso universitario, que trasmite un saber general, un corpus teórico constituido a priori, por lo que

la manera de manejar las nociones o conceptos psicoanalíticos sufren inevitablemente una transformación. Lo importante es no olvidar que un máster o cualquier saber de las teorías psicoanalíticas no “hace” un psicoanalista.

La insistencia en remarcar la importancia de los espacios de formación y sobre todo sus especificidades, proviene de un intento de promoverlos como lugares alejados del liderazgo de un maestro, amo del saber. Por tanto, apunta a destacar que no existe un lugar de garantía, ni de certeza, ni de sabiduría para el analista en su formación como tampoco para el paciente en su experiencia analítica. No hay un padre que vele con amor y que garantice, que conduzca o que tome nuestro destino en sus manos. Por eso la pregunta de cuándo, por quién, por qué se siente autorizado un analista para el ejercicio del psicoanálisis, sólo puede responderla el propio analizante. Para Lacan es el propio paciente, futuro psicoanalista, quién se autoriza para ocupar la posición de analista, a él corresponde dar el paso de asumirla en un acto en soledad, sin recurrir a una autoridad externa.

Es precisamente la falta de garantía, la inexistencia de modelos que definan la especificidad de la formación analítica, lo que mantiene ese vacío, esa pregunta abierta, en el corazón de la formación, que hace posible la experiencia analítica a la vez que sostiene al analista en su posición.

¿Cómo asegurarse, si es posible, de la autenticidad de ese paso, cuando el psicoanalista se desprende de una cura singular, de una apuesta en soledad y donde no hay ninguna fórmula, título o decreto que valide ese pasaje? ¿Qué puede, quién puede garantizar “plenamente” de nuestra capacitación, nuestra coherencia, nuestra disposición para sostener el desarrollo de la experiencia de un psicoanálisis, sin caer en formas groseras o disimuladas de ideologización, de conducción pastoral, sin hacer jugar desde el lugar transferencial nuestros propios valores, nuestros propios ideales, nuestra propia concepción del mundo?

Allí es donde el psicoanálisis se encuentra entre, por un lado, el riesgo de desaparición ante la burocratización institucional de una formación con intervención del Estado, de la Universidad o de iniciativas académicas privadas y, por otro lado, el aventurerismo posible de todo lo que se ofrece en nombre de él.

Esta cuestión de la garantía ha sido siempre objeto de debate y de divergencias, pero también fuente de creación de dispositivos. Lacan inventó el dispositivo del “pase” para que aquél que lo desee pueda argumentar ese paso de autorizarse como analista, aportando un testimonio sobre su psicoanálisis frente a otros, dentro del marco de una escuela. Su frase conocida y repetida: “El analista se autoriza por él mismo y de algunos otros”, apunta, por un lado, a un acto singular y a la vez incluye a “algunos otros” en el marco de una escuela. La escuela vendría a “responder de” una formación más que a garantizar algo. Lacan, a través de su invención del pase, propone este dispositivo para abordar qué es un análisis, y también como una forma de verificar cómo un analizante se hace analista, de acercarnos a la emergencia del deseo de analista. El pase, al abordar el fin de análisis, posibilita que aquello más singular de una experiencia que no se puede enseñar, porque aloja un vacío imposible de decir, pueda ser transmitido.

PARA CONCLUIR

Freud nos previno de que el psicoanálisis nunca sería popular, debido a su concepción del sujeto, del inconsciente, de las pulsiones, porque subvierte la ilusión de que el sujeto (yo) es “dueño de su propia casa”. Constatamos que el rechazo, la exclusión o el riesgo de su desaparición tienen su origen en la conjunción de tres coordenadas: la propia naturaleza del psicoanálisis, las particularidades de la historia de cada país, y el momento actual con todas las vicisitudes que la dominancia del discurso capitalista genera.

A la luz de la historia del movimiento psicoanalítico podemos afirmar que ha vivido y sobrevivido en medio de tragedias como las dos guerras mundiales del siglo XX, la guerra fría con el muro de Berlín y su caída... y de la mundialización de un discurso que nos gobierna y que exige cada vez más sacrificios, también al psicoanálisis.

Sabemos que los modos de sostener esta práctica frente a los avatares que le ha tocado atravesar han sido variados, reconociéndose dos grandes líneas. Unos lo intentaron adaptándose a las circunstancias, negociando o renegando de sus pilares, corriendo el riesgo de que quedara diluida su esencia y con ella su eficacia. Otros, convencidos de la aportación del psicoanálisis a la cultura y de su poder para el tratamiento del dolor psíquico, han encontrado el modo de hacerse escuchar frente a los ataques a que ha sido sometida esta práctica.

Como hemos señalado anteriormente, la historia del movimiento psicoanalítico en España encierra una paradoja respecto al resto de los países europeos: por un lado, la publicación precoz, y de una calidad notable, de la traducción de las *Obras Completas* de Freud y, por otro, las huellas de una historia marcada por el silencio que sigue soterradamente presente.

Hubo un tiempo en que se pensó que el psicoanálisis podría modificar a la psicología, pero desde hace mucho constatamos que es la psicología la que modifica al psicoanálisis y, sin saberlo probablemente, estamos en el tiempo de la psicologización del psicoanálisis. De ahí la importancia de rescatar su especificidad y diferenciarlo de otras prácticas.

Podemos observar en España, en la actualidad, un retorno de ese peligro. No sólo el psicoanálisis continúa estando prácticamente ausente de los espacios culturales, sino que el tratamiento del sufrimiento psíquico deja cada vez menos lugar a la palabra, quedando más reducido a protocolos y tratamientos generales, exclusivamente paliativos, de las consecuencias, sin ocuparse de las causas.

Los propios psicoanalistas, al intentar ocupar un lugar, adaptándose a las nuevas demandas que se les imponen, se deslizan a posiciones más propias de la psicología que del psicoanálisis: una psicoterapia, por ejemplo, que pretenda “enseñar” a paciente la mejor manera de vivir que, con el pretexto del apremio del tiempo, busque las recetas generales o las pautas para evitar el sufrimiento, olvidando o desconociendo que el propio paciente está concernido y determinado por ese mismo sufrimiento.

Ello implica una posición que soslaya la teoría del Inconsciente como sustento de la estructura psíquica del sujeto, y la conceptualización del síntoma psíquico como manifestación de una verdad subjetiva que habrá que desentrañar y que podrá ser abordable por medio de la palabra, en el marco de la transferencia; en otras palabras, la desnaturalización del psicoanálisis.

Este es el riesgo de deslizamiento que queremos subrayar, peligro interno al propio campo del psicoanálisis: el olvido de la *hipótesis del inconsciente* en favor de la “productividad” que piden los tiempos.

El propio Jacques Lacan fue quien, en 1956, propuso un retorno activo a la lectura de Freud, entre otras razones porque el psicoanálisis se había deslizado a una práctica psicoterapéutica sustentada en la teoría del yo, proveniente de los analistas europeos exiliados en los EE UU tras la segunda guerra mundial.

Los analistas, que como cualquier otro ciudadano, no estamos libres de los efectos del discurso dominante debemos, sin embargo, estar advertidos, y es responsabilidad nuestra el tomar posición en la coyuntura actual. En ello ha consistido la pretensión de este manifiesto, además de ofrecer a quienes lo deseen la posibilidad de sumarse a esta iniciativa, e invitar próximamente a un debate a todos aquellos, analistas o no, que se sientan concernidos por este tema, pues entendemos que lo que afecta a la vigencia del psicoanálisis afecta a la sociedad en general.

Tenemos la impresión de que la ciudadanía está en el Diván, no ya el del psicoanálisis, sino el de Procusto, gran anfitrión de la antigua Grecia que ofrecía posada al viajero solitario. Si el viajero era alto le daba cama pequeña y lo que sobresalía de su cuerpo lo cortaba, pero si era pequeño, le ofrecía cama grande y lo estiraba hasta que cupiera adecuadamente.

Ante esta situación, que tiene alcance mundial, nos preguntamos si el psicoanálisis puede tumbarse en el diván de Procusto sin sufrir las consecuencias de padecer el mismo destino que aquellos viajeros solitarios.